

Cuarto domingo de Cuaresma B2021

Quiero comenzar esta homilía con una cita de san Pablo en su carta a los Efesios que hemos escuchado hoy como segunda lectura de hoy: “La misericordia y el amor de Dios son muy grandes; porque estábamos muertos por nuestros pecados, y él nos dio la vida con Cristo y en Cristo. (...) Con Cristo y en Cristo nos ha resucitado y con él nos ha reservado un sitio en el cielo”.

La certeza de la misericordia de Dios es atestiguada en la primera lectura de hoy a través de lo que Dios hizo por su pueblo, Israel. El texto dice que en aquellos días, todos los sumos sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, practicando todas las abominables costumbres de la paganos, y marcharon la casa del Señor, que él se había consagrado en Jerusalén”.

A pesar de su infidelidad, Dios en su generosidad y misericordia les envió mensajeros y profetas para advertirles. Pero, los ignoraron o los mataron hasta el día en que sus enemigos invadieron el país y destruyeron el templo. Aunque Dios no los abandonó, sino que continuó cuidándolos. En su amor y compasión, Dios inspiró a Ciro, rey de los persas, para ayudarlos a regresar en la tierra de sus antepasados y a reconstruir el templo.

Al hacer así, Dios muestra cuanto es misericordioso. Nada destruirá su amor por nosotros. Incluso cuando elegimos voluntariamente pecar, él sigue esperando que podamos volver a él. Incluso cuando nos rebelamos contra él, Él siempre está en nuestra búsqueda hasta que nos vuelva a encontrar.

Este episodio de los israelitas salvados de la esclavitud por la generosidad de Dios muestra cómo los que no escuchan las advertencias de Dios se ponen en una situación difícil cuyo resultado es solo problemas y desgracias. Pero, no hay prisión o lugar oscuro al que Dios no pueda llegar. Ninguna cadena puede resistir la fuerza de su poderoso amor. Siempre vuelve a nuestro rescate y nos libera.

La historia del amor de Dios por nosotros se muestra en el Evangelio de hoy de tal manera que vemos muy claramente cómo al enviar a Jesús en el mundo, Dios quiso expresar la abundancia de su amor por nosotros. Por tanto, la pasión y la muerte de Jesús en la cruz son la máxima consagración del amor de Dios por nosotros, pero mediante la cual somos salvados de la condenación eterna.

Como el pueblo de Israel que estaba salvado de la mordedura de las serpientes al contemplar la serpiente de bronce, así serán salvados todos los que creen en Jesucristo levantado en la cruz. La muerte de Jesús en la cruz es una gracia que Dios nos ha concedido para nuestra salvación.

Entonces, entendemos que lo que les sucedió a los israelitas fue una prefiguración de lo que nos sucederá a nosotros. Jesús se refiere a este evento para mostrar que es el símbolo de lo que le va a pasar. Él también será levantado en la cruz, y todos los que lo miran serán salvados.

Pero, ¿significa esta declaración que solo mirar el cruce puede salvarnos o salvar a cualquiera que siga cometiendo pecados? Para nada. Mirar a Jesús levantado significa creer en él y aceptar el mensaje que nos da a cada uno de nosotros desde la cruz y vivirlo.

A través de este acto de amor total, Jesús declara que la única forma de realizar nuestra vida es renunciar a ella en amor, como él lo hizo. No es repitiendo con nuestra boca las palabras del Credo que somos salvados, sino conformando nuestra vida a la vida de Cristo, usando nuestra vida para el bien y al servicio de nuestros hermanos y hermanas.

Juan también nos dice que “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él. El que en él cree, no será condenado; pero el que no cree, ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios”.

En otras palabras, Dios nos ama tanto que no nos juzga; cualquiera que sea nuestro pasado o presente. Lo único que quiere es que cambiemos y seamos salvados. En esta perspectiva, está claro que la salvación llega solo a los que tienen el valor de renunciar a su vida presente como lo hizo Cristo. Si, por el contrario, se niega a escuchar a Jesús y vive de forma contraria al Evangelio, destruye su vida y se condena a la muerte eterna. No es Cristo quien nos condena, sino que nos condenamos a nosotros mismos cuando lo ignoramos a él y a sus preceptos.

Es por eso que cada una de nuestras acciones y opciones deben ser consideradas muy seriamente en esta temporada de Cuaresma. Nuestras acciones y decisiones producen consecuencias para la eternidad. En este contexto, el juicio no es algo que ocurrirá en el fin del mundo. Es hoy, ahora, en todo momento que las personas eligen ser salvadas al aceptar a Cristo “levantado” o son condenadas al negarse a aceptar la cruz.

¡Cuántas veces hemos perdido la oportunidad de hacer la paz con Dios y con nosotros mismos! ¡Cuántas veces hemos preferido las tinieblas a la luz de Cristo! Se diría que la historia humana es repetidamente la misma con su terquedad y falta de apertura a la gracia de Dios, mezclada con la guerra, la violencia, la injusticia y la discriminación.

Y, sin embargo, la misericordia de Dios está siempre a nuestro alcance. Su puerta siempre está abierta para los que están perdidos y extraviados. En Jesucristo, Dios se compromete a salvar lo que una vez creó en su amor. Este compromiso no es por un tiempo, pero perdura para siempre. No podemos salvarnos solos; por nosotros mismos no tenemos el poder de salir de nuestra situación pecaminosa.

Pero Dios, que es rico en amor y misericordia, viene a nuestro rescate. En Jesús quiere sacarnos de nuestra situación pecaminosa y levantarnos a una nueva vida. La salvación no proviene de nuestros méritos; es un don gratuito del Padre. De modo que nadie puede jactarse del bien que encuentra en sí mismo, y nadie debe despreciar a los que aún no han abierto su corazón a la gracia de Cristo.

Sin embargo, sea claro para cada uno de nosotros que, si bien es cierto que no podemos obtener la salvación a través de nuestras propias buenas obras, también es cierto que estas buenas obras son necesarias como respuesta al amor que Dios tiene por nosotros. Son los signos de que la gracia de Dios ha penetrado en nuestro corazón y está dando fruto.

Que este tiempo de Cuaresma nos ayude a responder positivamente al amor de Dios mostrado en Jesucristo. ¡Que podamos esforzarnos por tener la vida eterna que Dios ha preparado para nosotros desde toda la eternidad! ¡Conformamos nuestra vida a la de Jesucristo crucificado por nosotros! ¡Dios los bendiga a todos!

2 Crónicas 36: 14-16, 19-23; Efesios 2: 4-10; Juan 3: 14-21



Fecha de la Homilía: el 14 de Marzo, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210314homilia.pdf